

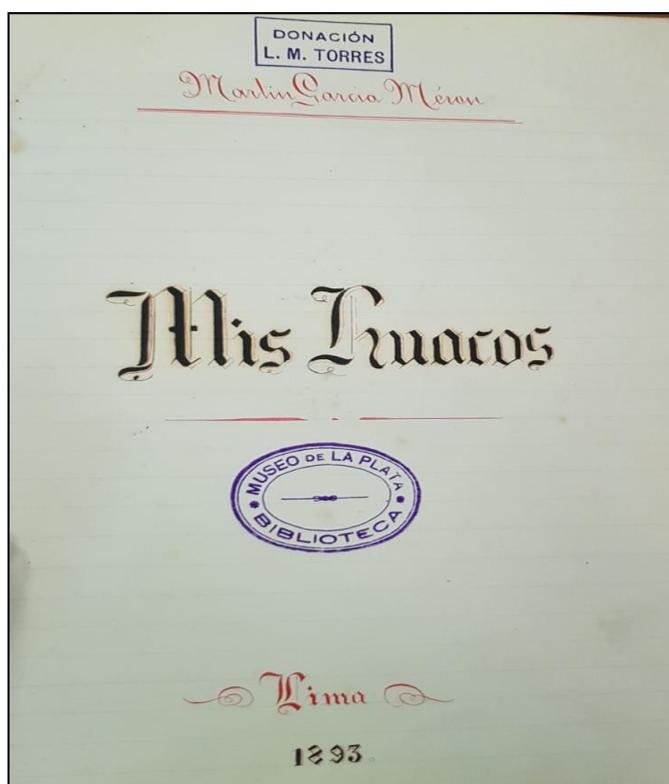


García Mérou, Martín. "Mis huacos (fragmentos)".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2023, vol. 12, n° 27, pp. 212-221.

*Mis huacos (fragmentos)*¹

Mis huacos (some fragments)

Martín García Mérou



Portada del manuscrito *Mis Huacos*

¹ En García Mérou, Martín, *Mis huacos*, manuscrito fechado en 1893, conservado en la Biblioteca Florentino Ameghino (sede Museo), Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, ubicación 571 G1. Selección a cargo de Alejandro Eduardo Romagnoli.

Se han seleccionado aquellos fragmentos menos atravesados por las extensas citas eruditas que recorren el manuscrito y más por la propia voz de García Mérou.



Primera imagen del manuscrito

Fragmento del capítulo II [ff. 30-38]

Nada más curioso y emocionante que esa primera excursión al campo desolado de las *huacas*. La pequeña aldea de Ancón, situada en el fondo de una bahía dulce y tranquila, a diez leguas de Lima, con su larga fila de *ranchos*² alineados a pocos metros de la plata, está situada en medio de esos desiertos arenales que se extienden, casi sin interrupción, a lo largo de la costa del Perú, al pie de médanos colosales que invaden lentamente las casas del villorrio y las van sofocando con el derrumbe incesante de sus granos. Durante la temporada de verano, un grupo escogido, aunque diminuto, de la sociedad limeña, se traslada a Ancón para gozar del atractivo de sus baños de mar. Al salir de Lima, el ferrocarril atraviesa los fértiles valles de Caraballo, entre una doble masa de plantaciones de caña de azúcar, que se dilatan a derecha e izquierda de la línea, hasta tocar la falda granítica de los cerros, y en medio de los cuales se eleva, de cuando en cuando, la azulada columna de humo de los ingenios de Infantas, Chuquitanta, Caudivilla y Chacra Grande. A partir de Puente Piedra, estación situada entre las lagunas pontinas de Copacabana, producidas por la estagnación del agua sobrante de las acequias de regadío que se cruzan en todas direcciones, como arterias del valle, toda huella de vegetación desaparece, y el tren se interna en medio de montañas de arena, que atraviesa unas veces sobre terraplenes de enorme altura, y cruza otras por medio de cortes atrevidos entre taludes movedizos que es necesario calzar con trabajos incesantes. Media hora después, al salir de una curva imponente, se presenta de golpe la enorme herradura en uno de cuyos lados se extiende el caserío de Ancón, mientras a la derecha se dilatan los interminables montículos areniscos de la necrópolis prehistórica, que llega hasta los cerros del camino a Chancay, y abarca varias leguas cuadradas de superficie.

Nada más silencioso y tranquilo que esa población de pescadores y de bañistas. Una vez por día llega el tren de Lima trayendo las provisiones y el agua potable que se consume en

² *Ranchos* se llaman a las casas de campo en el Perú. [Todas las notas, de aquí en adelante, pertenecen a García Mérou].

el pueblo. En el patio del rústico hotel, se elevan cuatro palmeras que han arraigado milagrosamente en aquel Sahara reducido, y enfrente de la puerta, mueven sus penachos algunos pinos anémicos, que son el orgullo de la localidad y representan con modestia la inagotable variedad de la vegetación peruana. Con el crepúsculo del alba, salen al mar los chinchorros, en busca de la cosecha periódica. Al medio día y a la tarde, las blancas velas se aproximan como aves que regresan al nido. Se extienden las redes sobre la arena, se ponen en seco las canoas y las embarcaciones más pequeñas, y en la tranquila población no se escucha otro ruido que la respiración rítmica del océano, ocupado en dibujar arabescos sobre la arena de la bahía.

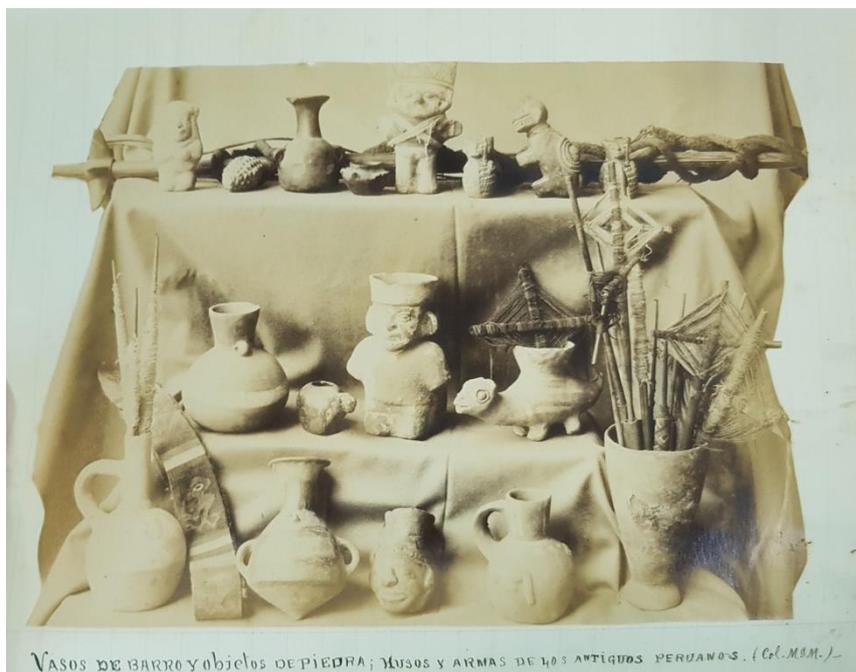
Al amanecer de un día nublado, montamos en un burrito pigmeo y emprendimos la marcha hacia el terreno previamente explorado por los *huaqueros*. Venían cuatro de estos, afamados por sus hallazgos, con la pala al hombro y en la mano una larga baqueta de acero, de punta fina, que les sirve para los sondajes en la arena. Cuando la vara penetra con relativa facilidad, es señal de que en el suelo existe un antiguo túmulo. Se estudia entonces, valiéndose del mismo sistema, la configuración de la *huaca*, se traza un largo círculo sobre la tierra, y empieza la excavación con ardor que no flaquea, mientras dura el pisco aromático de una botella en que retemplan sus fuerzas los rudos trabajadores. No es raro dar sobre una pista falsa, en cuyo caso, después de llegar a una regular profundidad, se abandona el trabajo y se continúan más lejos las exploraciones. Algunas veces, trascurren varios días en este empeño continuamente defraudado. Al fin, se logra hallar un verdadero sepulcro, y entonces empiezan las ásperas emociones del descubrimiento.

Con el ascenso del sol, se habían replegado las espesas nieblas de la mañana, que coronaban, como un ejército en desbande, las últimas crestas de las montañas, cuando uno de los peones, al sentir el choque de su pala con un objeto duro, se detuvo un instante, y me dejó satisfecho: “Hay huaca, señor!”. Desde entonces, la excavación prosiguió con mayor prudencia y lentitud. Muy pronto, se descubrió a tres metros de profundidad, una especie de cobertizo de *quincha*, y debajo de este hasta cinco momias, colocadas sobre una base o cimiento apisonado y rodeadas de un muro de piedras, bajo y sin mezcla, que formaba una especie de pozo protegiendo la sepultura. Parecía toda una familia, porque al lado de las momias grandes, se encontraban dos más pequeñas y una que era visiblemente la de una criatura de corta edad. Estaban todas envueltas en telas que se deshicieron al sacarlas, pero que aún conservaban restos de dibujos de colores, sentadas con los brazos encogidos y el rostro tocando las rodillas, en dirección al oriente. Una de ellas tenía un largo cordón rojo envuelto alrededor de la cabeza, que conservaba íntegro su cabello. Las demás estaban en peor estado y no mostraban nada excepcional, a no ser un collarcito de cuentas y cobre, colocado en el cuello de la más pequeña y algunos objetos que, como una especie de ocarina de barro, parecían haber sido los juguetes de este niño prehistórico.³ Alrededor y debajo de ellos, se encontraban vasos rústicos de tierra de diferentes tamaños pero de formas primitivas, platos también de barro cocido y gran cantidad de husos de caña llenos de hilos de diferentes colores. Finalmente, más al fondo, se descubrió un ídolo de madera, y dos grandes vasos gemelos que hoy figuran en mi colección. En el interior de otros *huacos* más groseros, había una bolsita conteniendo una porción arena esquistosa brillante, cuyo análisis no reveló ninguna partícula de oro o plata, así como trozos de calabazas conteniendo *cancha* o maíz tostado, cáscaras de cangrejos y camarones y otras sustancias alimenticias. La misma disposición, con pequeñas diferencias de detalle, noté en todas las otras huacas descubiertas. Debo añadir que en ninguna de ellas se hallaron objetos de valor o de interés artístico. Ellos

³ En la lámina puesta al frente de la página 33 figura una tira de tela, el cordón envuelto en el mango de chonta de una maza, los husos y algunos vasos de los encontrados en esta excavación.

son frecuentes, sin embargo, en la inmensa necrópolis de Ancón y muchos son los viajeros que han sido más felices que yo a este respecto.⁴

Esa empeñosa tarea de sepultureros ávidos, después del pasado el primer momento de curiosidad científica, despierta sentimientos de vaga melancolía. ¡Cuántos misterios encerrados en esas pobres momias exhumadas tras largos siglos de reposo, cuando empezaban tal vez a convencerse que habían adquirido el derecho a la eterna inmovilidad! La escena del cementerio en *Hamlet* se me representaba al escuchar las alegres exclamaciones de los *huaqueros*, encarnizados en buscar en la boca o en el cuerpo de las momias alguna partícula de oro o de plata, que aumentara la gratificación prometida. Pero muy pronto se sobreponía el noble interés histórico y al pensar en los arduos estudios consagrados a las antigüedades peruanas, recordaba las reflexiones que consigna Renan, en su descripción de una visita a Pompeya, el día del décimo octavo centenario del cataclismo que la sepultó debajo de un sudario de ceniza: “Hice notar que era tal vez impropio almorzar con tanta gana en la mansión de los muertos; pero alguien me respondió: —Hace bastante tiempo que el suceso ha acontecido; y, después de todo, ¿acaso son ellos tan dignos de lástima? Hubieran muerto de todos modos, y ved cómo se habla de ellos, ved cómo se ocupan de sus personas... ¿No os parece que los egipcios que han sido sacrificados a la construcción de las pirámides viven hoy más que los que han chapaleado durante la cifra normal de sus años, en el lado del Nilo?... El insecto clavado sobre el cartón de los museos, que por sus vivos colores arranca un grito de admiración de una linda boca, el animal que sirve para las demostraciones de la ciencia, tienen un privilegio sobre aquellos de sus congéneres que permanecen ocultos. La bestia comida por un hombre de genio debe considerarse feliz: sirve para mantener las moléculas de un cerebro noble!”.



Folio 32 vuelto

⁴ Sin contar a Reiss & Stübel cuya obra sobre la *Necrópolis de Ancón* es admirable, puede citarse a Wiener y otros. Dos colegas del Cuerpo Diplomático residente en Lima, el Señor Bascuñán, secretario de la Legación de Chile y el Señor Vianna de Lima, ministro del Brasil, encontraron en una excavación muchos interesantes objetos de oro, alguno de los cuales he visto en poder del segundo.

Fragmento del capítulo IV [ff. 56-58, 62-74]

La cerámica –se ha dicho con razón– es el espejo del alma artística de los pueblos. Los perfeccionamientos que trae el uso en la forma de sus productos reflejan la marcha de la civilización y sirven de base para el estudio de la historia del arte suministrando indicaciones útiles y preciosas enseñanzas. Y si esto es cierto en cuanto se refiere a las obras acabadas del arte etrusco, egipcio o asirio, también lo es en lo que concierne a los vasos y objetos extraídos de las huacas, cuyo análisis sagaz, metódico y detallado puede ser el mejor comentario y la explicación más fiel del grado de cultura de las poblaciones que llenaban el territorio peruano. Por rudimentarias que sean algunas de las formas de esos objetos, ellos son *especimens* que revelan un cierto estado intelectual y moral. A su estudio puede aplicarse el método crítico preconizado por Taine en su clásica introducción a la *Literatura Anglaise* y en sus profundas investigaciones sobre *Philosophie de l'Art*. En efecto, una obra artística, como una obra literaria, es una copia de las costumbres reinantes en el momento de su producción y es signo de un especial estado de espíritu. Los acontecimientos y sentimientos que regulan y caracterizan una civilización humana están divididos, según Taine, en cinco o seis regiones bien separadas, la religión, el arte, la filosofía, el estado, la familia, las industrias; luego, en cada una de esas provincias, existen departamentos, territorios más pequeños hasta que se llega a esos detalles innumerables de la vida que observamos todos los días en nosotros mismos y alrededor nuestro. Una filosofía, una religión, un arte no son sino manifestaciones de una concepción de la naturaleza y de sus causas primordiales, sea en forma de abstracciones y síntesis psicológicas, sea en forma de símbolos gráficos y representaciones plásticas. Dada, pues, una literatura, una filosofía y un arte, su prolijo estudio puede conducir hasta el conocimiento del estado moral que los produce, de las circunstancias del medio ambiente que facilita su existencia y de las condiciones generales que constituyen la zona en que se desenvuelven y florecen.

[...]

El arte peruano, considerado en conjunto, tal como se nos revela del examen de la cerámica incásica, tiene un carácter acentuadamente naturalista. No es solamente en las cabezas de arcilla final, extraídas de las inagotables *huacas* del *Gran Chimú* y algunas de las cuales admiran por la pureza de sus líneas y la realidad palpitante de su expresión, donde puede controlarse este juicio. Es en las innumerables conopas, de todos tamaños, calidades y figuras, en que están representadas las diferentes clases sociales del Imperio de los Incas, desde el kuraka en cuya frente se admira una cimera o mitra simbólica, hasta el mendigo humilde o el prisionero con las manos atadas a la cintura con una cuerda que le baja desde el cuello, y la actitud humilde del que espera el castigo. La copia exacta de la realidad, con inexperiencias y descuidos, tal vez voluntarios, se ve por todas partes. Poco importa que en la base de muchos de los vasos o conopas los detalles de la figura humana desaparezcan en una masa redonda en que las extremidades inferiores están apenas esbozadas. No puede atribuirse este detalle a ineptitud artística, puesto que en varios de los objetos que se encuentran en estas condiciones el dibujo de la cara es correcto e indica una práctica evidente del modelaje. Tal sucede con un precioso vaso que poseo, en cuya parte superior existe una cabeza admirable de verdad y de vida y en cuyo contorno el artista prehistórico ha pintado unos brazos imposibles, que están en evidente desacuerdo con la hermosura del rostro que la corona. La fidelidad en la copia del modelo no es menos grande cuando el artista reproduce animales o frutas. Basta contemplar el caimán, el pez enrollado[,] el camarón y el vaso cubierto por una capa de maní que figuran en mi colección para ver hasta qué punto llevaban los artistas peruanos la habilidad manual en la ejecución de esta clase de trabajos.

“El arte americano –ha dicho Mérida– no es espiritualista; tiene, es verdad, todo el sello jeroglífico o simbólico del arte egipcio, pero se echa de ver que rara vez poetiza o

engrandece la naturaleza. Sin embargo, es un arte empírico, por lo que se refiere al estudio del natural. El desnudo nunca está tratado con aquella acentuación anatómica que caracteriza a otros estilos y períodos del arte, si bien la esbeltez y bellezas de formas está sentida y tratada con extraordinario vigor en algunos bajos relieves de Palenque; y en algunas figuras de barro mexicanas y peruanas, el acento naturalista revela una observación tan exacta como feliz del modelo... En los relieves, los rostros están de perfil con el ojo de frente, como en los relieves egipcios; pero no se da como en estos el caso de que los cuerpos estén de perfil con los hombros de frente. Hay alguna indicación de escorzos, sobre todo en la posición de los pies y de las manos; las actitudes tienen algo de forzado, que quizá obedecía a exigencias litúrgicas; en los movimientos suele haber una rigidez que recuerda las obras de la escultura egipcia y asiria”.

Esa similitud responde a influencias análogas que, a despecho de tantas y tan radicales diferencias de raza, de medio ambiente, y de adelanto moral, producían en aquellos antiguos pueblos y en el Perú, consecuencias semejantes. Lorente las explica de esta manera en sus estudios profundos sobre la civilización peruana: “El despotismo que pesaba sobre las almas tanto como sobre los cuerpos, imposibilitaba el pleno desarrollo de la libertad en una de sus aplicaciones más naturales; la rutina y los reglamentos encadenaban el genio; la superstición ejerciendo la superior influencia proponía a los artistas tipos monstruosos; el simbolismo, que era su consecuencia, hacía mirar con indiferencia, cuando no con veneración, las formas imperfectas; y el deleite sensual, lamentable compensación con que los déspotas hacen olvidar a los siervos la miserable abyección de su estado, debilitaba, ya que no corrompiera, el amor a lo bello. La acción de tan poderosos obstáculos para el desarrollo de las bellas artes se neutralizaba en gran parte por las influencias estéticas que les eran favorables: la viva y tierna sensibilidad de la raza disponía a las más felices inspiraciones; la imaginación, que todo lo personificaba, da fácilmente bellas formas a las vagas aspiraciones del corazón apasionado: los hábitos del orden y la armonía que reinaba entre todas las instituciones perfeccionaban las creaciones de la fantasía, y para estimular la fuerza creadora se reunían las variadas bellezas en que reboza el país, las brillantes escenas del socialismo, los esplendores del culto, las pompas del Gobierno, el lujo de la nobleza y el amor del pueblo a las fiestas magníficas, que podrían celebrarse con frecuencia en el seno de la paz y de la abundancia”.⁵

Las creaciones del arte peruano, sin embargo, están como bañadas en una atmósfera de melancolía apacible y de tristeza nativa. La opresión de la vida igual, sin alternativas y sin ideales, disciplinada y metódica, imprime en las fisonomías de los huacos más artísticos rasgos que revelan el sufrimiento, el cansancio y la debilidad de la raza. Copiando la postura tradicional del indio, muchos están encorvados o arrodillados con las manos apoyadas en los muslos y la cabeza inclinada hacia la tierra. Algunos sostienen en la espalda sus criaturas, a la manera de las serranas del día. Otros aparecen doblados, con la frente ceñida por la correa que sujeta la carga sobre los hombros, en la clásica actitud del coya que hasta hoy asciende infatigable las más ásperas laderas. Hasta en los dos curiosos ejemplares de mi colección, que representan escenas de una lubricidad sin afeites, los rostros permanecen graves, rígidos y serios. Dos huacos son especialmente curiosos en este sentido por su cara admirativa, angustiosa y espantada, que revela la humildad y mansedumbre del indio deslumbrado probablemente en la presencia de su señor. Esta expresión es general en todos los huacos que representan los tipos plebeyos y los siervos de la masa popular. En ella se reclutan todos los de la larga e interesante serie de descamisados, con siluetas a lo Callot, en que sobresalen los mendigos elefantiacos o devorados por el mal que sometió a dura prueba el optimismo del filósofo Pangloss. En especial, son de una horrible realidad los que pintan los estragos del

⁵ Lorente. *Historia de la civilización peruana* (1879).

lupus, la *herpes esthyomènos* de los antiguos griegos, que, a juzgar por la variedad de formas en que se encuentra representada, debió ser de aterradora frecuencia en las poblaciones del Perú. Ninguno de los síntomas del espantoso mal falta en esas faces tumeficadas, con los labios y la nariz ulcerada y las encías profundamente corroídas. En mi colección figuran varios ejemplares. Uno es la imagen de un pordiosero arrodillado, ciego en apariencia, tocando la pandereta con expresión horriblemente desolada. Nada hay artificial en esos rostros destrozados; la copia del natural está llevada a un extremo que provoca repugnancia.

Otro interesante huaco, de arcilla fina y color amarillento, muestra un kuraka arrodillado,⁶ teniendo por delante una figura rígida, en cuya cabeza apoya una de sus manos mientras la otra reposa en el vientre de aquel cuerpo, que parece femenino, por las formas débilmente acentuadas de los senos. ¿Qué representa este grupo rústicamente modelado por un escultor inocente? ¿Es en realidad el cadáver cuyo embalsamamiento se prepara, antes de encerrarlo en la tumba, o más bien el dócil paciente a quien un modesto antepasado de Pirovano, se dispone a operar, a menos que no ensaye en él la virtud de sus fricciones cabalísticas? Todas las hipótesis son permitidas, hasta la de una autopsia, pues la lógica más severa indica que ella era posible para los que conocían y practicaban la operación del *trépano*, con la perfección que se ve en la colección del Doctor Muñiz a la cual pertenece, entre otros muchos, el cráneo cuya reproducción juzgo interesante, al lado del que fue entregado por la Señora Zenteno a Mr. Squior, y presentado por este al examen de Broca. Sea lo que fuere, esa pequeña obra es digna de la mayor atención y la considero con justicia como una de las más curiosas que he tenido la fortuna de conseguir.

Fuera de los monumentos y de las obras de cerámica, el arte incásico ofrece hasta hoy pocos elementos al examen crítico. La cabeza de un ídolo de piedra que me pertenece,⁷ extraído de una huaca de las cercanías de Trujillo, es una pieza curiosa y rara en su género. Lo mismo puedo decir de otro ídolo de madera que también figura en mi colección. “La pintura – según Lorente – nunca tuvo una existencia independiente: la de las tablas, donde las imágenes hubiera podido tomar un carácter más artístico, se confundía con la escritura, que suplía, con símbolos más o menos arbitrarios e imperfectos; el mosaico, formado en el suelo con piedrezuelas, el bordado de las telas más delicadas, el dibujo bosquejado en los huacos y otros útiles, y las grandes figuras trazadas sobre los muros de palacios, templos y fortalezas participaban más de la decoración que del cuadro interesante por sí mismo. Con todo encanta y revela un sentimiento delicado de la belleza visible la armonía y viveza de los colores, verdaderamente dignas de la nación más civilizada”.⁸

⁶ Véase la lámina del frente.

⁷ Véase la lámina frente a la página 27.

⁸ Lorente. *Historia de la civilización peruana* (1879).

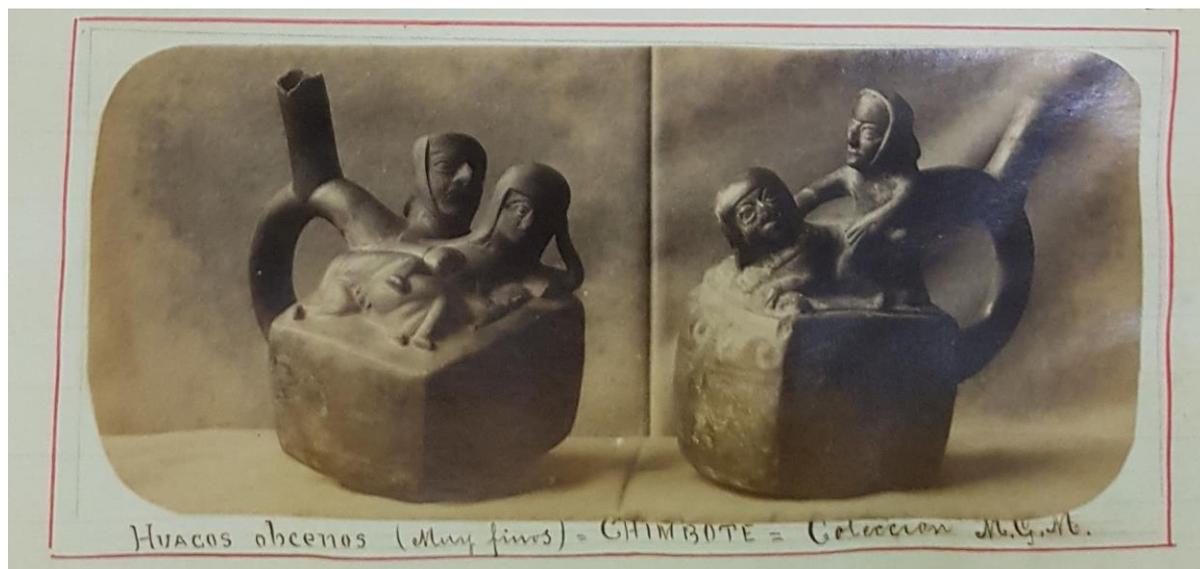


Imagen incluida en folio 68 recto

Capítulo V (completo) [ff. 75-84]

Sumario. Mis huacos. La destrucción del Imperio. El hacha de piedra y el arcabuz. El hombre peruano antiguo, explicado por los huacos. El dios de la Tierra y el dios de los Mares. El dios del Aire. Danza fúnebre. El culto del sol. Una cabeza notable. Confidencias de mis huacos. Simpatía histórica. Conclusión.

Más de una vez, contemplando mis *huacos*, me ha parecido encontrar en ellos los secretos de esa civilización incásica, de apariencia tan esplendorosa, que cayó de golpe, como un coloso de cartón, al empuje de un puñado de aventureros sedientos de riquezas. La imagen de Pizarro se ha levantado a mi vista, en una visión fúlgida, de pie delante del patíbulo en que, a la luz humeante de las antorchas, fue ajusticiado el último monarca del Imperio que iba a ser sometido a cautiverio. Y me parecía que la espada toledana de aquel épico bandolero se ensañaba en los cuerpos destrozados de la raza vencida, en todos estos humildes huacos de rostro grave y triste, en el elefanciaco y el herpético, en la *kuraka* que lleva en la frente la cabeza de un puma, como símbolo de grandeza, en el *amauta* que sostiene su báculo con apacible serenidad, en el indio cargado con la frente ceñida por la correa del siervo de la gleba, hasta en ti ¡oh pobre y fúnebre músico arrodillado, que tocas tu *huanca* con expresión quejumbrosa, y que acabaste sin duda tu existencia, en el socavón de las minas, bajo el látigo de los heroicos salteadores de la conquista!...

¡He ahí todo lo que nos queda de aquella vasta nación desaparecida! El hacha rústica de piedra, y el disco puntiagudo de cobre, engastado en madera de chonta, no pudieron medirse con el arcabuz del guerrero español, con la lanza de acero y la espada tajante, templada en sangre morisca. Aquel edificio enorme, cedió y se derrumbó al primer golpe, mostrando la incurable debilidad de su estructura. La sumisión absoluta a la persona del monarca sirvió a la hora de la prueba para impedir que se iniciara una sola tentativa de resistencia con el objeto de quebrantar sus cadenas. La codicia de los soldados de Pizarro, que venían a buscar un patrimonio en el botín de los pueblos sometidos, no encontró obstáculos ni diques que detuvieran su desborde impetuoso. La visión del oro exacerbaba la imaginación de los jefes iletrados y de los hambrientos perdularios que formaban su comitiva. Y en busca de los tesoros soñados, saqueaban los templos, sometían el prisionero a la tortura, demoliendo

sin piedad y sin criterio, ensañados con fanática obstinación, en su lúgubre tarea de iconoclastas.

Ha sido necesario el transcurso del tiempo para que salgan de nuevo a la luz, sacudiendo el manto de la arena y del salitre, todos estos extraños personajes que hoy buscamos con tan legítimo interés y tan arduo afán. Ha sido necesario que el pico y la pala del excavador tenaz descubra otras tantas Pompeyas sepulcrales, las *huacas* inmensas esparcidas en la costa desierta y en la áspera serranía. Y estos postreros vestigios de un arte muerto y una sociabilidad deshecha tienen una sombría elocuencia para el que sabe interrogarlos.

¡He aquí alguna de las supersticiones que llenaron la mente de nuestros antepasados americanos, reflejadas en creaciones delirantes! He aquí la lucha esforzada de un alacrán gigantesco, de rostro y piernas humanas, con un monstruo fabuloso recargado de atributos terribles, con penacho erizado sobre la cabeza, látigos de serpientes, y cinturones que muestran en su extremidad la fina lanceta de dragones mitológicos.

He aquí el dios del Aire, con su centro o báculo milagroso, sosteniendo en la mano derecha un disco refulgente y mostrando extendida su ala formidable, de mayor amplitud que la del águila o el cóndor. ¿Qué representa ese bajo relieve, corroído por el tiempo y que rodea a uno de los vasos más interesantes que poseo? ¿Es acaso una danza fúnebre, una ronda macabra de esqueletos que se levantan a la luz de la luna y se entregan al frenesí del baile de los espectros? ¿Qué representa por fin este otro grupo que he admirado en un vaso de la colección Macedo, y que parece simbolizar el culto del sol, la fiesta bulliciosa de Raymi, el himno agradecido de un pueblo que bendice al dios fecundador de las cosechas?...

Esa noble cabeza de nariz recta y pronunciada, de orejas profusamente adornadas,⁹ no pudo encerrar sino pensamientos elevados. Es tal vez la imagen de un magistrado famoso, de un sacerdote o de un guerrero. Domina por su tamaño a todas las demás, que sin duda pertenecieron a personas de su posición y de su raza. El escultor que supo modelarla y pretendió animar su fisonomía con el sello de la vida está bien lejos de los modestos aprendices que han chapurreado sobre el barro crudo sus inocentes fantasías decorativas. El relieve de aquellas otras cabezas es admirable. Se ve en ellas el dedo del estatuario que adivina los secretos de la plástica y realiza concienzudamente su tarea. Hay fineza, valor y elegancia en muchos de esos vasos antiguos. Su variedad inmensa y las perfecciones de su ejecución harían creer que se trata de una galería de retratos, cuyos originales seculares deben reposar, embalsamados por las sustancias químicas de los enterratorios de la costa.

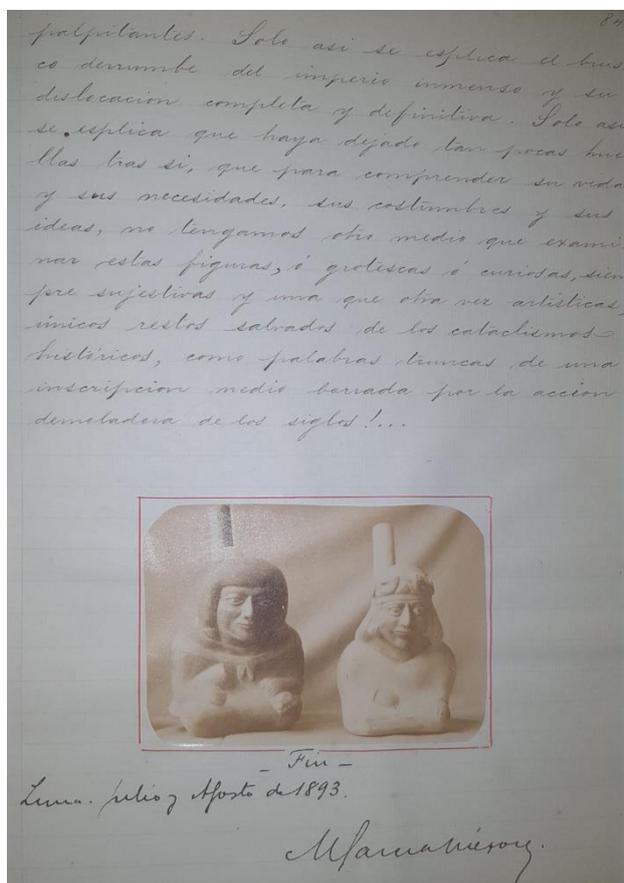
Me parece que he hablado alguna vez con este ciudadano de cara socarrona, de mejillas fofas, de boca caída hacia un lado por el hábito de mascar una bola de coca, como los yankees mastican un pedazo de tabaco. Es la mirada entre burlona y reflexiva, la expresión de un viejo vividor, la que ha reflejado el artista en esta figura característica. Si en el asolado Tiahuanaco se hubieran escrito crónicas teatrales, me parecería encontrarme delante de un *chroniqueur* prehistórico asistiendo a la primera representación del *Ollantay*.

Así, cada uno de estos modestos compañeros de mis horas de meditación y de estudio algo dicen a mi espíritu y van, poco a poco, introduciéndose en la intimidad de mi vida. Ellos son el vínculo que me liga con el pasado legendario a que pertenecieron, y en su mudo reposo me enseñan más que las exageradas invenciones de Garcilaso, las hipérboles de Gomara o las graves disertaciones de Herrera. Una inmensa piedad hacia estas pobres víctimas de la codicia y el fanatismo va invadiendo lentamente mi alma. Y llego hasta disculpar sus secretas expansiones, hasta correr el manto generoso con que el hijo de Noé cubrió el cuerpo desnudo del patriarca, sobre muchas de sus debilidades inconfesables, su incapacidad para la resistencia, o su erotismo enfermizo, cuyas manifestaciones parecen arrancadas del Museo

⁹ Véase la gran cabeza que figura en la primera lámina.

Secreto de Nápoles, y que revelan ¡ay! que mis pobres huacos tuvieron una noción demasiado *fin de siècle* del amor y de la moral!...

¡Quién sabe! Tal vez no es este sino un síntoma de su excesiva civilización. La decadencia de las sociedades se anuncia así por una perturbación morbosa que lleva hasta los caprichos monstruosos de Roma bajos los Césares de Suetonio, que da tema la sátira de Apuleyo y concluye en las refinadas ignominias del Bajo Imperio. El organismo incásico encerraba gérmenes fatales. Los rodajes complicados de esa máquina frágil no estaban calculados para sufrir ningún choque vivaz. El indio manso y sumiso ha sido bien comparado con la llama frugal que lo acompaña en las interminables marchas por la sierra. No podía resistir sino una suma de esfuerzos reglamentados, como su bestia favorita no acepta sino un peso fijo, y cuando este excede de la medida, se arroja al suelo y se deja morir, aunque el látigo lacere sus flancos palpitantes. Solo así se explica el brusco derrumbe del imperio inmenso y su dislocación completa y definitiva. Solo así se explica que haya dejado tan pocas huellas tras sí, que para comprender su vida y sus necesidades, sus costumbres y sus ideas, no tengamos otro medio que examinar estas figuras, o grotescas o curiosas, siempre sugestivas y una que otra vez artísticas, únicos restos salvados de los cataclismos históricos, como palabras truncas de una inscripción medio borrada por la acción demoledora de los siglos!...



Folio 84 recto